

Universidad Andrés Bello Doctorado Honoris Causa

Santiago, 1 de agosto de 2007

Excelentísimo señor Presidente de la Junta Directiva de la Universidad Andrés Bello.

Excelentísimo señor Rector de la Universidad Andrés Bello.

Excelentísimo señor alcalde de Las Palmas de Gran Canaria.

Excelentísimos señores doctores y profesores.

Excelentísimas autoridades académicas, civiles y militares.

Señoras y señores:

Fácil sería dar comienzo a este canto leído diciendo que esta distinción es inmerecida.

Mas ello sería injusto para quienes han hecho posible mis realizaciones artísticas y humanas. Quienes han ayudado a plasmar lo que algunos podrían denominar "el arte del canto y la interpretación".

Ellos son los verdaderos destinatarios de este honor, que recibo hoy y que quiero agradecer inmensamente y con todo mi corazón a esta prestigiosa Universidad Andrés Bello.

Soy el fruto de todos aquellos que creyeron en mí y me dieron su confianza, quien sabe si hasta el punto de desafiar al mismo destino.

Y gracias a ellos ahora puedo ser con orgullo una simple guardiana de un testimonio vivo, que debo renovar en cada presentación en los escenarios, los que constituyen la fragua de este arte el cual ahora cumple 400 años de existencia.

Agradezco primero a mis padres, Manuel e Ivonne, quienes me trajeron a este mundo tan bello y paradójico, y que supieron cultivar en mí la pasión por la música. Esa música que Borges denominara: "esa misteriosa forma del tiempo". Fueron ellos los que sembraron lo

que luego ha florecido y se ha esparcido mucho más allá de nuestra admirada cordillera.

Posteriormente se creó la base sólida que ha sustentado mi vida y mi carrera hasta hoy, me refiero a la formación académica. Fundamental para la búsqueda continua de la excelencia artística y valor fundamental en nuestra sociedad actual. Es por ello que me produce una inmensa felicidad y satisfacción recibir esta distinción por parte de la Universidad, mucha más que cualquier otra de valor artístico que haya podido recibir. Por mi identificación plena con los valores que la Universidad representa en la formación constante de la juventud, tarea esencial en los tiempos que vivimos.

Por ello tengo que acordarme de mis guías y profesoras Clara Oyuela, Elena Weiss y, muy especialmente, Ahlke Sheffelt, quien me guió por los estrechos laberintos donde se conjugan las extrañas notas del pentagrama y las vibraciones mínimas de la voz. Todas mujeres, que me enseñaron la importancia de la responsabilidad y la dedicación, como intérprete, como pedagoga y como mujer.

Más adelante Mary Rose Mac-Gill, quien supo aunar esfuerzos para que cuando llegó el momento, pudiera cruzar fronteras y partir a los confines del arte. Y partí con seguridad, con la confianza en esa sólida base que sabía que habían cultivado en mí y con un sabio consejo que, en un breve e inolvidable encuentro, supo transmitirme el más grande músico que ha dado este país: "Cristina, la responsabilidad y la confianza son los elementos básicos para ir con paso firme en esta muchas veces incomprendida carrera artística".

Era Claudio Arrau y sé que mi misión es transmitir a tantos y tantos jóvenes esa prioridad en su vida y en la mía: la constancia y la responsabilidad, que me hacen vivir hoy el honor de estar en este estrado.

No puedo dejar de mencionar a Osvaldo Rivera, que desde el Instituto Cultural de Providencia, la comuna que me vio partir, supo tenderme la mano, darme el aliento que el Teatro Municipal, primera entidad operática del país, me había negado, para renovar el impulso en los momentos en que esa incompreensión de la carrera artística se hace presente.

Y luego tantos y tantos. Puñados de amigos, portadores de la palabra justa y del consuelo necesario. Colega de canto, directores de orquesta, músicos y el público anónimo.

Esta es verdaderamente una labor de equipo y de amor, que se plasma de manera visible en mi marido Justo, y en mis dos hijos: Romina y Esteban, compañía necesaria en esta dura marcha que es la universidad de la vida.

A todos y cada uno de ellos dedico este sublime momento que me brinda la Universidad Andrés Bello.

Unos versos españoles me ayudan a resumir mi sentir de gratitud, por ese impulso vital y esa sabiduría recibida de la amistad sincera:

“Que la vida iba en serio
 Uno lo empieza a comprender más tarde
 -como los jóvenes,
 Yo vine a llevarme la vida por delante.
 Dejar huella quería
 Y marcharme entre aplausos
 -Envejecer, morir, eran tan sólo
 Las dimensiones del teatro”.

En sus 400 años de historia, la ópera ha coleccionado una tradición amplia como la historia misma.

En algún sentido mis circunstancias se suman a esta gran ola que ha logrado formar un cauce, ora tranquilo, ora turbulento, pero siempre apasionado donde ha podido conjugarse la forma artística más completa y compleja: colección de voluntades que se inicia con el compositor y libretista, y que luego prosigue con las otras artes que coadyuvan al espectáculo: pintura, arquitectura, vestuario, colores y teatro.

Es producto de un concierto de voluntades, que frecuentemente son portadoras de una excesiva vida propia.

Son necesarias la modestia y la autocrítica para que de alguna manera encajen todas las piezas en una unidad: un todo, palpitante de vida y de emoción.

Evidentemente, las exigencias de este arte han evolucionado, y mucho, en estos 400 años.

Hoy en día, además de poseer una técnica muy ajustada, el cantante debe ser un actor intenso, tener buena figura y poseer un alto grado de empatía para interactuar con los demás intérpretes. Son exigencias que hacen aún más complejo el lograr triunfar en esta difícil profesión. Subir a la cima de la profesión no es lo más difícil: mantenerse allí es el verdadero reto.

Quiero detenerme hoy día en dos aspectos particulares de la ópera: el silencio y su dramatismo, que la experiencia y el estudio me han demostrado que son pilares fundamentales para una gran representación.

Grandes e importantes teóricos de la música apuntan que el componente unificador de la misma, lo que aglutina y da forma a una composición es el silencio.

Puede parecer una paradoja, en tanto música se define como la vibración del aire a determinadas frecuencias. Sin embargo, existen en las notas un antes, un durante y un después. Y es el silencio, lo que Elías Canetti denominaba: “La noche cósmica”, lo que arroja estas notas, moldeándolas suavemente.

Y es este mismo silencio el que nos conecta a una dimensión intemporal, que distingue una obra de otra y le proporciona la emoción inmanente que conquista a través de los siglos a nuevos auditores.

Ya lo subrayaba Wilhelm Furtwaengler, quizás el más grande director de orquesta de la historia: “los silencios son el hilo conductor de la música”. Y, también, son los silencios la herramienta más útil que tenemos los músicos.

Son el trampolín del que nos valemos para subrayar algún aspecto dramático, consiguiendo así un mayor impacto en el dibujo de nuestros personajes.

El silencio es cuando cesa la vibración de la voz, o la del oboe. Y al cesar la vibración nos invade el pensamiento y la reflexión instantánea.

En estos momentos vale recordar a Pablo Neruda en *Crepusculario*:

“Que la tierra florezca en mis acciones
 como el jugo de oro en las viñas,
 que perfume el dolor de mis canciones
 como un fruto olvidado de la campiña.
 Que trascienda mi carne en sembradura
 Ávida de brotar por todas partes,
 Que mis arterias lleven agua pura,
 Agua que canta cuando se reparte”.

El silencio predispone el corazón para sufrir la emoción pura y para lograr una comunicación y empatía con el auditorio.

El silencio, en fin, es vibración en el estado más puro. El silencio prepara para la vida: el silencio precede en nacimiento de cada uno de nosotros; antes que el llanto que lo anuncia.

La acción dramática, por otra parte, es un suceso cotidiano. El escenario es la vida misma: sólo se precisan los actores y los espectadores. Sólo en nuestra soledad nos constituimos en vuestro verdadero ser. En el conjunto, dentro de la sociedad tendemos inevitablemente a la actuación y a la pose.

La obra teatral, ya sea hablada o cantada, dota de un marco referencial y temporal a nuestros impulsos dramáticos. Nos reviste de una unidad que guía nuestros impulsos para así presentarlos de manera coherente.

La coherencia, claro, no se logra sólo siguiendo el texto, sino más bien precisa una conjunción entre el material que provee el autor y las posibilidades del intérprete: la voz y el lenguaje corporal. Y, también, factor esencial, un público receptivo que absorba los mensajes y los estímulos.

Morir en escena es complejo. Es un lento desvanecer de los sentidos, unido a una necesaria credibilidad que se aferra al silencio. Exhausto cae el cuerpo, la voz es ya sólo un hilo. El aplauso, el premio inmerecido, irrumpe la vigilia que separa el acto escénico de la vida. La música subraya el gesto cotidiano y lo transforma en sublime. Lo banal se

transforma en excepcional. Y es esta inflexión lo que le da trascendencia a nuestro arte: la ópera inmortal. A veces nos parece absurda, como también nos parece absurda la vida misma.

La ópera, el arte, la carrera profesional y la vida personal tienen que estar absolutamente fundidas en el artista. Siempre me he negado a elegir: arte o vida. Es para mí un privilegio conjugar en grado superlativo, el ser madre, esposa y artista. No podía haber concebido mi vida como persona o como profesional individualmente. Ambas vidas se necesitan una a la otra, se deben conservar vivas y en continua eferescencia.

Y así creo que es cómo empieza el arte, con la unión de dos elementos, vida y carrera, que dependen uno del otro para llegar a la creación en la música y en la interpretación.

Todo esto son reflexiones de alguien quien no solamente ha querido buscar la excelencia en su disciplina, sino que sobre todo quiere poder transmitirlos a la juventud en los mejores momentos de su vida personal y profesional.

Siempre me surge la gran inquietud de abordar la formación de nuevos jóvenes talentos, en serles útiles, servirles de inspiración y ejemplo en los momentos más fulgurantes de mi carrera artística.

Especialmente, en esta disciplina del canto, lo retengo como algo fundamental. Ya que instrumento, lo llevamos dentro, no lo vemos, su aprendizaje es en base a emisiones auditivas y a sensaciones de gran poder imaginativo a las que se agrega el poder de la intuición.

Agradezco así a la Universidad Andrés Bello, una vez más, que me haya dado la posibilidad de dar cauce a mis ideales, los cuales compartimos.

Que haya tenido en consideración integrarme en su prestigioso Claustro de Doctores Honoris Causa.

A toda la Universidad dedico estos momentos mágicos, rubricados por un galardón que honra el saber y el buen hacer, la teoría y la práctica. Este es mi modesto aporte a los valores universales de la educación y la cultura.

Quedan nuevos retos, algunos obvios y otros por descubrir. Llamo a todos ustedes a compartir esta bella tarea.

Formar las nuevas generaciones es sembrar para el futuro; ese es el reto presente que me seduce, y que aquí lo dejo enunciado.

¿Quedará algo en el tintero?

Seguramente...unos versos que descubri al asomarme detrás de nuestra cordillera:

“Así voy devolviendo a Dios unos centavos del caudal infinito que me pone en las manos”.

Muchas Gracias.

Cristina Gallardo Domàs



